

en las gradas del circo, en el antepecho de los palcos, o allá en los confines de la barrera?

No. Cuando la mujer española descubre toda su psicología, es después de la fiesta.

Terminó el espectáculo.

Flotando en el aire, apagados, mudos, imperceptibles, adivinados o recordados más; bien en la imaginación, están aún los ecos de los aplausos y de los vítores que estallaron en la plaza. Retiñen sus oídos los acordes flamencos y jaraneros de los pasodobles bulliciosos: quedan aún guardados en sus pupilas los lances de sobresalto y de emoción: late todavía su corazón con acaloramientos de un ansia incomprensible: y desfilan ante su memoria todos los accidentes de la lidia: las músicas del paseo; los airones flotantes en los tricornos de los alguacillos; el toro; la sangre; la ovación.

Tienen aún presente—como si aún lo vieran—todo el aspecto de la plaza, y contemplan el fulgurar de la plata, los colores egregios de los trajes de luces, el revolar de las flámulas rojas, el cabrilleo del acero que esgrimía el matador, la mancha carmín con que la sangre pintó la arena. Y como una corona de alegría, aquel círculo polícromo de los pañolones tendidos sobre la barandilla de los palcos, con los largos flecos de seda colgando trémulos como sutiles hilos de luz.

¿Regresa gozosa nuestra mujer del circo? Trae alegría sí, pero es una ale-

gría melancólica. Basta mirarla para comprenderla. Reclinada en los cojines de su coche, tendida en la calesa o en el auto, en el desfile lento de tanto altar de belleza, se la contempla sonriente, pero sus ojos, miran con un cansado mirar de calentura.

Regresan fatigadas, torturadas. Sus cuerpos femeninos, sus leves cuerpos sutiles, sufrieron estremecimientos nerviosos continuos durante la tarde. Muchas veces, las breves blancas manos enguantadas, se aferraron al abanico, mientras su alma sintió horror: la caída aparatosa de un picador; el riesgo de un torero; la misma muerte de un caballo, sacudió su sensibilidad y las conmovió hondamente.

Y aún dura la impresión terrible: aún tiemblan bajo el raso crujiente de la blusa; aún sus labios conservan el ardor, la palidez y la contracción, y aunque ríen, y en sus gargantas desnudas oscilan los collares de perlas, su risa obedece al impulso de una extraña inquietud, la inquietud hija de la presencia del peligro pasado.

Pero le añoran. Piensan en cuándo será el día en que han de tornar al circo otra vez; cuándo ha de volver la mantilla de encaje a orlar la cara gitana y los claveles a ser adorno del pecho, rendidos y aromados junto al descote, y cuándo también, a su paso por entre los grupos de vuelta de la plaza, han de oír los fervidos elogios a su hermosura, elogios que están faltos tan sólo de una capa grana, que se tienda a sus pies para que pase la maja.....

